

llegaron de Campeche cuarenta españoles más, y en espera del capitán general—que éste era ya el nombre que daba el ejército al hijo del Adelantado—el jefe de T-Hó se ocupaba en atraer al partido español á los indios de la comarca. Uno de estos nuevos amigos se presentó un día en el campamento y dió á sus aliados un aviso importante, con una de esas imágenes tomadas de los cuadros de la Naturaleza, que recuerdan la poesía primitiva de todos los pueblos.—¿Qué hacéis aquí, oh extranjeros—les dijo—cuando vienen sobre vosotros más indios que pelos tiene un cuero de venado?

Francisco de Montejo, deseoso de dar una prueba del valor castellano en aquella región del país, donde aun no había tenido ocasión de ostentarse, resolvió salir al encuentro de los mayas, y después de dejar una pequeña guarnición en T-Hó, avanzó resueltamente hacia el Oriente, de donde venían aquéllos. Encontrólos fortificados en el pueblo de Xpeual (3), y después de dar un ligero descanso á su fuerza, para que se repusiese de las fatigas del viaje, los acometió con el ímpetu que acostumbraba. Los indios intentaron primero aturdir á sus enemigos con el estrépito de sus gritos y de su música guerrera; dispararon en seguida sus flechas, y se batieron sin descanso mientras tuvieron el pecho cubierto con sus albarradas. Pero luego que los españoles se apoderaron de ellas, echaron á correr por los campos vecinos, y aquéllos se volvieron á su campamento, muy ufanos de la victoria que acababan de obtener.

Entretanto, el hijo del Adelantado había fundado en Campeche una villa, á la que dió el nombre de *San Francisco*, para honrar sin duda la memoria de su padre y la suya propia, pues que ambos tenían el mismo nombre. No cons-

(3) COGOLLUDO vacila entre Tixpeual y Tixkokob; pero lo que parece indudable es que el suceso de que se trata tuvo lugar en un pueblo distante cinco leguas al oriente de Mérida.

ta con exactitud en la Historia la fecha de esta fundación; pero Cogolludo da muy buenas razones para creer que sólo pudo tener lugar en el año 1540 (4). Nombráronse los funcionarios de la nueva población, y habiendo llegado á ésta los últimos socorros que se esperaban de Nueva España y Chiapas (5), el capitán general creyó llegado el momento de reunirse á su primo para activar la obra de la conquista. Dejó el gobierno político y militar de Campeche en manos de Beltrán de Zetina, y con el resto de su pequeño ejército bajó á T-Hó, adonde llegó pocos días después de la batalla de Xpeual. Procuró desde luego proveerse de víveres, y en el orden militar dictó todas las providencias que creyó necesarias para la seguridad de su campamento.

Un día en que los soldados reposaban tranquilamente en su alojamiento, confiados en las avanzadas que vigilaban en distintas direcciones, una de ellas se replegó á toda prisa al Real, diciendo que se divisaba á lo lejos una turba de guerreros mayas. Los españoles tendieron la vista desde la altura en que se hallaban, y vieron venir hacia ellos un número no muy considerable de indios, entre los cuales sobresalía uno, que debía ser traído en andas por sus compañeros. Preparáronse las armas, recelando un ataque, y el P. Francisco Hernández enarboló una cruz, ante la cual se postraron los circunstantes, pidiéndole á Dios victoria contra sus enemigos. Entretanto los indios seguían avanzando, y al llegar á cierta distancia, el personaje se apeó de las andas en que venía sentado, arrojó su arco y sus fle-

(4) DON JUSTO SIERRA (*Los indios de Yucatán*, capítulo III) pretende que la fundación tuvo lugar el día 4 de octubre de aquel año; pero como no cita la fuente de donde tomó esta noticia, nos hemos abstenido de consignarla en el texto.

(5) El refuerzo más importante que llegó entonces á Campeche fué el de Gaspar Pacheco y su hijo Melchor, con veinte soldados de á caballo, que prestaron muy importantes servicios en la conquista.

chas y levantó las manos, juntándolas, en señal de que venía de paz. Varios miembros de su comitiva se despojaron también de sus armas, tocaron la tierra con las manos, las besaron luego, y precedidos de aquél, comenzaron á subir la falda del cerro. El general español salió á su encuentro, y tomando de la mano al que venía delante, cuya categoría era fácil de adivinar por el respeto con que le trataban los suyos, le condujo al edificio que le servía de alojamiento.

Entonces el personaje, á quien se hizo sentar delante de Montejo y de algunos de sus capitanes, tomó la palabra y dijo que se llamaba *Tutul Xiu*; que era el descendiente de una casa poderosa que en otro tiempo se había enseñoreado de todo el país por medio de conquistas sucesivas; que hacía un siglo, poco más ó menos, que sus ascendientes habían sido arrojados de su corte de Mayapán á consecuencia de una gran revolución que desmembró sus dominios; que los pueblos rebeldes se habían hecho desde entonces independientes, y que él sólo conservaba el señorío de Maní y de algunas provincias comarcanas. Añadió que hacía mucho tiempo que estudiaba con interés los movimientos de los españoles; que sus continuas victorias le habían llegado á persuadir de que eran invencibles, y que deseoso de evitar á su pueblo un derramamiento inútil de sangre, venía voluntariamente á someterse al yugo extranjero con todos los caciques que dependían de él.

Terminada esta corta arenga, que Tutul Xiu debió haber pronunciado con la emoción proporcionada á la gravedad del paso que daba, fué presentando uno á uno á los altos dignatarios que le habían acompañado hasta la cima del cerro, y que eran los siguientes: *Ziyah*, gran sacerdote de Maní; *Ná Poot Xiu* y *Kin Chi*, tenientes de Tutul Xiu; *Pacab*, gobernador de Oxkutzcab; *Kancabá*, de Panabchen; *Kupul*, de Sacalum; *Nauat*, de Teab; *Uluac Chan Cauich*, de un pueblo que se ignora; *Don Ceh*, de Pencuyut; *Ahau Tuyú*,

de Muna; *Xul Cunché*, de Tipikal; *Tukuch*, de Mama, y *Zit Couat*, de Chumayel (6).

No se limitó á esto la embajada del señor de Maní. Ofreció sus buenos servicios para alcanzar sin derramamiento de sangre la sumisión de los demás pueblos de la Península, haciéndose la ilusión de que la casa de los Xius conservaba todavía entre ellos una poderosa influencia. En seguida presentó á Montejo una copiosa provisión de víveres, de que habían venido cargados sus vasallos, y concluyó por manifestar el deseo de conocer al Dios de los españoles, ese Dios que en su concepto debía ser muy poderoso, puesto que hacía invencibles á sus adeptos. Los pueblos incultos miden el poder de la Divinidad por la importancia de las batallas que se ganan en su nombre; y Francisco de Montejo, que no desconocía esta verdad, y á quien tampoco debía faltar ambición para arrancar un alma de las garras de Satanás, llamó al capellán del ejército y le ordenó que practicase en el acto una ceremonia religiosa. El Padre Hernández volvió á enarbolar su cruz; los españoles se arrodillaron, y Tutul Xiu y sus grandes vasallos imitaron esta acción, copiando en seguida servilmente cuantos movimientos veían hacer á sus nuevos aliados.

Indecible fué el gozo que estalló en el campamento cuando se supo el objeto de la embajada de Tutul Xiu. Se comprendió desde luego la importancia que en sí tenía esta sumisión espontánea é inesperada; se recordó que Hernán Cortés nunca hubiera dominado el Imperio de Moteuczoma sin la cooperación de los tlascaltecas y de otros pueblos indígenas, y se creyó, por fin, que esta pequeña porción de América, que había resistido por trece años al valor castellano,

(6) COGOLLUDO (libro III, capítulo VI) dice que halló esta relación en una Memoria escrita por un indio. Es de notar, sin embargo, que los nombres que contiene son los mismos con que se designaban—en Maní, por lo menos—los trece períodos de que se compone el siglo maya. Véase la apreciable disertación del P. CARRILLO sobre la historia de la lengua maya.

iba á ser uncida como otras muchas—y en un día no muy lejano—al carro de la vencedora España. El hambre, la sed, la desnudez, las batallas, el temor de una muerte oscura, el continuo viajar por un país cálido y boscoso..... todo esto iba á desaparecer próximamente. El descanso, la abundancia, las encomiendas de indios, el oro y lá plata, de cuyo hallazgo no se desesperaba todavía, vendrían en cambio á recompensarles de tantos sinsabores y trabajos.

Imbuídos en estos sentimientos, los conquistadores trataron regiamente á sus huéspedes, con las provisiones—es verdad—que estos mismos habían traído; pero con aquel agasajo y obsequioso respeto que tanto estiman los que creen valer algo en el mundo. Tutul Xiu quedó tan satisfecho de esta acogida, que permaneció en el campamento dos meses, durante los cuales habló un poco de religión con el P. Hernández, y mucho con D. Francisco de Montejo sobre los medios que debían emplearse para alcanzar la sumisión de todo el país. Retiróse por fin á sus Estados, prometiendo al general español que muy pronto tendría noticia de sus trabajos.

El regocijo de los castellanos puede apreciarse por un hecho que no carece de interés. Luego que Tutul Xiu hubo explicado el motivo de su visita en la tienda de Montejo, se consultó el calendario para saber á qué santo se debía este favor especial de la Providencia, y se encontró que era día de San Ildefonso, quien fué desde luego proclamado patrón de la Colonia. Gracias á este rasgo de piedad, podemos decir á nuestros lectores que el importante hecho que acabamos de referir tuvo lugar el 23 de enero de 1541.

CAPÍTULO XII

1541-1542

Reflexiones sobre la conducta de Tutul Xiu.—Cumplimiento del pacto hecho con los españoles.—Nachi Cocom.—Su carácter.—Atentado que comete contra los embajadores de Maní.—Sus consecuencias.—Batalla del 11 de junio.—Relaciones de Montejo con los pueblos inmediatos á T-Hó.—Fundación de Mérida.

Discurriendo algunos historiadores sobre las causas que pudieron impulsar á Tutul Xiu á reconocer el dominio español sin combatir, han creído encontrarlas en la supersticiosa influencia que debían haber ejercido en su ánimo las profecías de Chilam Balam. Pero fuera de que lo maravilloso debía para siempre desterrarse de la Historia, creemos haber demostrado ya con argumentos sólidos (1) que los vaticinios atribuidos á los profetas mayas fueron fraguados en los tiempos posteriores á la conquista; y que en cuanto á la poesía de que se declara autor á Balam—en caso de haber existido este personaje—nada tiene ciertamente de profética. Poco pudo influir, por consiguiente, en el ánimo del príncipe de Maní, y evidentemente es necesario acudir á otra fuente para explicar su conducta.

Basta echar una ojeada sobre el mapa de Yucatán y recordar algo de su antigua historia, para comprender la difícil situación á que se hallaba reducido Tutul Xiu en los

(1) Capítulo V de este libro.